

hacer para contribuir a «serenar los ánimos» y resolver el «problema universitario».

A través de casi un centenar de páginas en las que recoge literalmente las intervenciones de sus interlocutores, se puede apreciar la «capacidad de diálogo» del maestro y de alguno de sus interlocutores. Y el lector juzgará.

En una exposición histórica y bien documentada el profesor Villey hacía aparecer el papel que había jugado en la Edad Media el método de las «disputaciones», que eran diálogos de altura en los que se razonaban las opiniones diversas y contrarias por las que, normalmente, se empezaba la exposición. Pero esto, para alguno de los interlocutores eran «cosas pasadas» porque «nadie lee ya a Santo Tomas en el siglo xx; todo el mundo sabe que es aberrante». por otra parte—sigue diciendo ese «docto» estudiante—«se sabe que la Edad Media era una época de fascismo...». «Todo lo que ha dicho nuestro camarada es completamente retrógrado. En la Universidad nueva no habrá ya especulación al servicio de la explotación de la clase obrera y del Tercer Mundo, como se hacía en nuestra Edad Media... habrá acción, animación cultural, audiovisual, teatro popular, jazz, sport, judo... Este es mi punto de vista». Así terminó su «brillante» intervención el «culto» estudiante de la Sorbona de un mayo del siglo xx. Pero no es sólo el «fascismo» de la Edad Media contra lo que arremete dicho estudiante, sino que más adelante dice: «Nuestro camarada ha hablado de Rousseau y de Kant. Todo esto no existe ya en el siglo de la cibernética. Esto está ya superado. Ha hablado también de Sartre, con lo que demuestra no saber que Sartre está completamente superado por el movimiento actual, y el mismo Althusser y Lacan y otros esclerotizados. La filosofía es Marcuse, Mao o Che Guevara. He aquí los filósofos modernos».

En términos parecidos, si bien más moderados y correctos, se pronunciaron otros estudiantes.

(¿Es posible así el diálogo?

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

WILSON, John: *Lo absurdo de nuestra moral sexual*. Editorial Fontanella. Barcelona, 1968. 357 págs. (Trad. José Luis Lana.)

No comprendo la razón de los editores al publicar este volumen dentro de una editorial y colección que tan magníficos ejemplares nos ha ofrecido hasta hoy. Siempre me parecerá estupendo abrir nuestros horizontes ideológicos a nuevas dimensiones del pensamiento venidas de otras latitudes; pero, evidentemente, cuando lo que se nos ofrece valga y su aportación pueda ser positiva, incluso aunque sólo sea parcialmente. Cuando, como ocurre con el libro que comentamos ahora, lo único que se nos ofrece es una sarta interminable y farragosa de «observaciones» insípidas y alicortas, miopes y totalmente desprovistas de urdimbre y sentido sistemático, el crítico se queda perplejo, no acertando a encontrar la «razón» de que se haya introducido entre nosotros un libro así.

Quizá en áreas sociológicas desprovistas de todo sentido ético-sexual o completamente desecadas por una moral ultrapuritana, farisaica y puramente formalista, las «sugerencias» de Wilson puedan ser de algún provecho mental y práctico. Entre nosotros es posible que la aparición de este volumen sólo contribuya a «abrir más los ojos» a medios y hasta a generaciones cada vez más despreocupadas de la moral sexual. Porque todo él está orientado a inculcar un cierto cinismo sexual sereno y controlado, absolutamente casuístico y alicorto de miras, un cierto estoicismo bienpensante y calculista, que me parece ser el antípoda mismo de la moral sexual, más dañino incluso que ciertas formas de amoralismo despreocupado y joven.

La «tesis» del libro es sustancialmente ésta: la vida sexual es una cuestión privadísima individual, en la que nada tiene que decir ninguna religión ni metafísica ni ética, ni ningún sistema de preceptos sociopolíticos, familiares o socioculturales. Nadie puede ni debe pretender influir en la moralidad de los demás, ni siquiera indicándole los principios que él crea válidos: porque no hay norma ni criterio fijo ninguno en estas materias. Cada uno, en cada situación concreta que se le presente, decidirá por sí y para sí qué es lo que más le conviene hacer. La religión, la psicología y la misma educación a lo más que pueden ayudarnos es a formarnos más *racionalmente* nuestras propias decisiones: no gozan de ningún tipo de *autoridad*, sino que son cuando más *métodos* posiblemente válidos para formar nuestra propia mentalidad sobre la materia. Todas nuestras formas de educación y comunicación sexual actual son, según él, puramente doctrinarias, «metafísicas», «mágicas», irreales y absolutamente ineficaces: lo más que logramos los adultos es «engatusar» a los jóvenes con criterios de valor que ni nosotros mismos nos atrevemos a confesar. Las «razones» con que pretendemos justificar o razonar nuestras decisiones axiológicas, éticas y sexuales, son también, según Wilson, absolutamente inconsecuentes y farisaicas.

Lo más chocante (al menos, dentro de nuestra mentalidad católica) es que todas estas y otras «aclaraciones» similares sobre las sagradas escrituras, sobre la moral de Cristo y la vida y ejemplos de Cristo nos la sugiere quien cree intensamente en El y en su Evangelio. Y que la intención del libro no es «desmoralizar» lo sexual, sino ayudarnos a encontrar su auténtica moral (empírica, científicamente válida y racional, despojada de todo normativismo, de todo pudor y de toda limitación al amor). Para ello destruye radicalmente y sistemáticamente toda norma y principio directivo en esta materia, profesa y promulga un «naturalismo» y una «moral del amor» sin trabas ni fronteras, y termina recetándonos unos principios directivos todavía más insípidos que los kantiano liberales: «pon toda la carne en el asador», «dí sí a la vida», «averigua lo que desea la otra persona», etc.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

WOJTYLA, Karol: *Amor y responsabilidad. Estudio de moral sexual.* Razón y Fe. Madrid, 1969. 347 págs. (Con prólogo de Henri de Lubac y traducción del francés por J. A. Segarra, S. J.)

Es un libro de los que marcan época, una de esas obras «redondas» que tan poco suelen prodigarse. Su característica básica es la plenitud, el equilibrio interno y la proporción del pensamiento en su conjunto y en cada uno de sus capítulos y apartados. El cardenal Wojtyla ha abordado uno de los temas más espinosos y difíciles de tratar de toda la realidad humana (fenomenología, psicología, ontología, moral y teología del amor). Lo estudia y analiza en toda su profundidad y extensión, en todos y cada uno de sus ingredientes y niveles sucesivos (sexo, sexualidad, afectividad, unión interpersonal, institución con fines específicos, sacramento) y va cincelandó una doctrina asombrosamente nervuda y certera, cuyo conocimiento arrastra al lector como una sinfonía in crescendo.

No es fácil guardar el equilibrio y medida convenientes en el tratamiento del tema: es muy fácil «desviarse» y caer en parcialismos y exageraciones de todo tipo, es decir, en el error puro y simple con verdades a medias. En el amor refluyen todas las dominantes de la historia y de la antropología moral y en él se han centrado los movimientos más divergentes y antagónicos de todas las épocas, incluida la nuestra. (La *Humanae vitae* ha querido ser un faro de alerta y orientación en este mar proceloso en que se entrecruzan todos los vientos). Pues bien, afirmo que el presente tratado—lo es a todos los efectos—de moral integral del amor es de los más auténticamente objetivos, positivos y justos que he leído. «Justo» es el que da a cada uno lo suyo y eso es cabalmente lo que hace Wojtyla: a cada uno de los «momentos» del amor, le dedica el esmero y pausa que merece y le reconoce la importancia que le corresponde; a cada una de las doctrinas e interpretaciones básicas del amor le dedica la atención debida y le asigna el diagnóstico que se le debe; a cada uno de los protagonistas del amor (hombre, mujer, hijos, sociedad, Dios) le asigna el papel que le corresponde teniendo en cuenta la norma básica en esta materia (la personalidad) que exige ver a todos los demás como fin en sí mismos y no como puros objetos o instrumentos del propio egoísmo. La afirmación central de todo el libro es la siguiente: cada uno de los factores del amor y de la moral interpersonal que él preside, tiene sus propias características y virtualidades, pero éstas sólo quedan logradas en su valor específico (y respecto al conjunto del amor, de la vida y el ser del hombre) cuando quedan integrados, en la proporción y armonía que les corresponda, en el todo del amor plenario y completo. Cualquier separatismo, desproporción y ruptura de dicha jerarquía integral lleva consigo consustancialmente la muerte o adulteración del amor, que ya no es entonces más que un sucedáneo viciado y un parásito que corresponde a todos los demás. El sexo, la afectividad, la castidad, la virginidad y la armonía de los fines del amor y del matrimonio quedan así situados en el conjunto de la vida sexual, de la vida moral y de la vida religioso-teológica del hombre.